

Tras una amarga década posrevolucionaria

Egipto en búsqueda de influencia

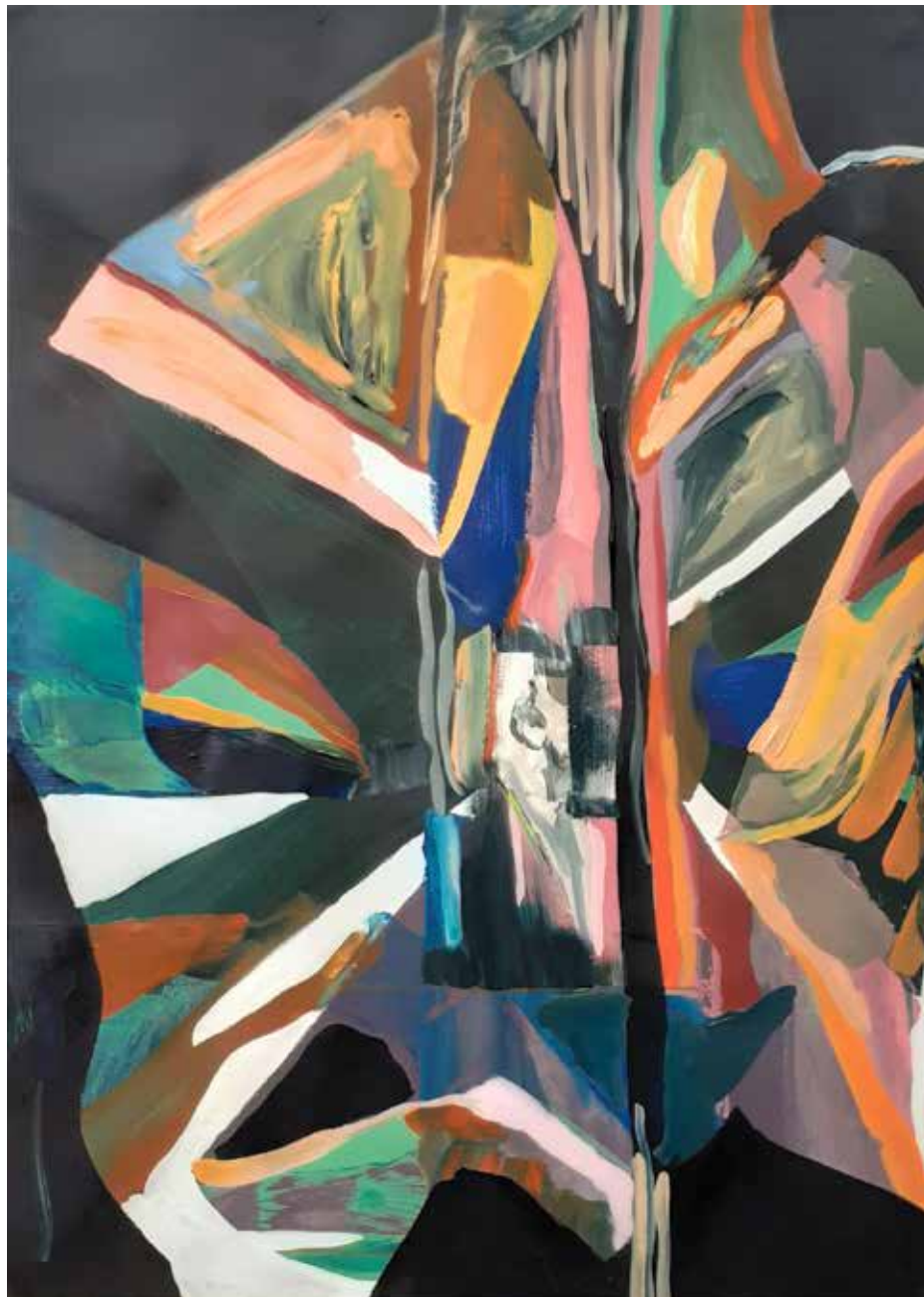
por Akram Belkaïd*

Al tiempo que multiplica las violaciones a los derechos humanos, el presidente Abdel Fatah Al Sisi busca reposicionar a Egipto en el centro del tablero diplomático regional. Quiere refozar sus relaciones con Arabia Saudita y evitar tensiones con la nueva administración estadounidense. No excluye intervenir en Libia y busca aliados para frenar el proyecto de represa etíope en las fuentes del Nilo.

El próximo 3 de marzo, los servicios de seguridad egipcios tendrán una razón especial para impedir las manifestaciones contra el régimen del mariscal-presidente Abdel Fatah Al Sisi. Ese día, se cumplen tres años desde que la Alta Corte Constitucional ratificó de manera definitiva la cesión de las islas de Tirán y Sanafir a Arabia Saudita. En 2016, El Cairo decidió entregar la soberanía de estos dos islotes que bloquean la entrada al Golfo de Aqaba, en el Mar Rojo, lo que provocó el rechazo de gran número de egipcios, quienes consideraron la medida como una afrenta al orgullo nacional y un reconocimiento de debilidad ante la monarquía wahabita. Así, los detractores de Al Sisi podrían verse tentados, una vez más, de denunciar esta cesión en las calles, tal como lo hicieron de manera masiva en 2016 y, luego, en la primavera boreal de 2017. Inclemente ante cualquier tipo de oposición (1), el Presidente no tolera que lo acusen de malvender la grandeza de su país. Todo lo contrario: la célebre expresión “*Misr, um al dunya*” [“Egipto, madre (o emblema) del mundo”] es la piedra angular de un discurso oficial chauvinista y revanchista.

Para el gobierno, se trata de volver a ocupar el centro del tablero regional y reafirmar su estatuto de potencia, muy afectado por las consecuencias de la revolución de 2011. Aunque Al Sisi no lamenta públicamente la caída del ex presidente Hosni Mubarak, suele recordar que la confusión posterior, en particular con la elección presidencial del candidato islamista Mohamed Morsi en 2012 –depuesto por el ejército un año después–, frenó una dinámica prometedora tanto en el plano económico como en el geopolítico (2). Lo cierto es que seis meses antes de la revolución, el Banco Mundial ignoraba deliberadamente los conflictos sociales recurrentes en las empresas del delta del Nilo, así como los altos niveles de desigualdad, y estimaba que Egipto formaba parte del club de los “mejores reformadores mundiales”, gracias a un plan de modernización de inspiración liberal (3). En el plano diplomático, el país se enorgullecía de que, menos de seis meses después de su llegada a la Casa Blanca, Barack Obama lo hubiera elegido para pronunciar, el 4 de junio de 2009, en la Universidad del Cairo, su discurso del “nuevo comienzo”, que tenía como objetivo refundar las relaciones entre Estados Unidos y el mundo musulmán en su conjunto.

El presidente Al Sisi busca así apuntalar su legitimidad recuperando un prestigio profundamente dañado por diez años de tumultos y

Paula Valenzuela, *Recomponer* (acrílico sobre papel), 2020

violencias. En el plano interno, esta búsqueda de grandeza se traduce, entre otras cosas, en el lanzamiento del “Mapa del futuro”, que prevé varios proyectos de construcción de infraestructura, entre los que se encuentra una nueva ciudad al este de El Cairo y diez aeropuertos. Estos proyectos faraónicos benefician, de paso, a las empresas que dependen del ejército (4). En el plano internacional, las consignas para la diplomacia son claras: hay que salir del rezago respecto de los demás países de la región, ya sea se trate de las monarquías del Golfo, Turquía, Irán o incluso Israel.

Ambiciones limitadas

La renuncia a Tirán y Sanafir puede parecer contradictoria con esta búsqueda de influencia, ya que las islas resultan estratégicas para controlar el acceso al puerto israelí de Eilat. Según la información que nos brindaron oficiales egipcios, el Presidente sopesó esta cesión con cuidado. Más allá de los argumentos engañosos esgrimidos –Egipto habría ocupado las islas a fines de los años cuarenta a pedido del rey Saúd, quien creía a su ejército incapaz de defenderlas de la marina israelí–, la

restitución tenía como objetivo principal conciliarse con Arabia Saudita y su nuevo poder, encarnado por el príncipe heredero Mohammed Ben Salman (MBS). Además de Estados Unidos, que provee 1.500 millones de dólares de ayuda anual a su ejército, el reino wahabita es el otro socio que El Cairo considera indispensable. Después de un período de desavenencias provocado por la caída de Mubarak, Al Sisi logró apaciguar con paciencia las tensiones bilaterales. Tras la “devolución” de las islas, ningún intelectual egipcio se animó a convocar a la revolución en la península arábiga y ningún dignatario de la Universidad de Al Azhar se arriesgó a calificar al wahabismo de “doctrina extremista”, como sí había sucedido en agosto de 2016, en la conferencia islámica internacional de Grozny, Chechenia (la institución religiosa fue obligada luego a presentar sus excusas a las autoridades sauditas).

Cuando se trata de tapar los agujeros en el presupuesto, financiar la modernización y la ampliación del Canal de Suez o construir la megalópolis de acero y cristal destinada a descongestionar la capital, el presidente Al Sisi acude en primer lugar a Riad. Esto lo obliga

a hacer algunas concesiones, que resaltan los límites de su ambición. Después de algunas críticas formales, en El Cairo aceptaron que la monarquía se mostrara indulgente con los Hermanos Musulmanes egipcios y, al mismo tiempo, se aseguraron de que la diáspora yemenita que vive en las márgenes del Nilo silenciara sus críticas ante la intervención militar saudita contra los hutíes (5). Una intervención a la que Egipto se incorporó con presteza, apenas fue lanzada, en marzo de 2015. Con esta acción, rompió con la época de Gamal Abdel Nasser, en la que El Cairo y Riad se enfrentaban militarmente por medio de aliados yemenitas interpuestos. Si bien es cierto que solo se movilizó a la marina y que en ningún momento se desplegaron tropas en tierra –un gran motivo de enojo entre ambas partes, en 2015–, lo cierto es que Al Sisi aseguró repetidas veces que pondría el ejército a disposición de Arabia Saudita en caso de una degradación dramática de su posición en Yemen. Además, aunque el ministro de Asuntos Exteriores Sameh Shoukry no se cansa de repetir que “la solución para la guerra en Yemen es de orden político”, tiene muy en claro que su país no puede tomar una iniciativa diplomática autónoma sobre este tema sin arriesgarse a encender chispas en Riad.

La crisis de 2017 con Qatar y su desenlace –provisorio– en enero también demostraron que El Cairo tiene muy poca autonomía en los asuntos del Golfo. En 2017, Riad y Abu Dhabi exigieron que Egipto y Bahrein rompieran relaciones diplomáticas con Doha (6). Se podría señalar que Al Sisi no tuvo reparos en castigar un país que nunca dejó de apoyar al ex presidente Morsi y que constituye una base de retaguardia para los Hermanos Musulmanes, pero lo cierto es que este asunto priva a Egipto de los varios miles de millones de dólares de ayuda presupuestaria prometidos por Doha y pone en una posición muy difícil a los miles de ciudadanos egipcios que viven en el emirato. “Los egipcios nos hicieron saber que habrían preferido una crisis menos virulenta y no el bloqueo que sufrimos por tres años y medio”, confía un diplomático qatari. Quienes estuvieron detrás de esta maniobra fueron el príncipe heredero saudí y su homólogo emiratí Mohammed Ben Zayed (MBZ). El Cairo no tuvo voz ni voto y debió conformarse con confiar que las intenciones de Qatar fueran “sinceras”. Ahora bien, Doha no hizo ninguna concesión de fondo ni satisfizo ninguna de las trece exigencias –como el cierre del canal informativo Al Jazeera– que le habían hecho llegar en el verano boreal de 2017. Esto podría hacer estallar una nueva crisis y, en ese caso, serán Riad y Abu Dhabi las que decidirán si es necesario o no desenterrar el hacha de guerra.

Prioridades diplomático-militares

Los dirigentes egipcios también se mostraron susceptibles a las presiones estadounidenses. A pocas semanas de su partida de la Casa Blanca, el presidente Donald Trump quería presumir de un último éxito diplomático en la región. De hecho, su afán por reconciliar a los *chouyoukh* (jeques) alimentó las especulaciones sobre un posible bombardeo de último minuto contra las instalaciones nucleares iraníes. Esta perspectiva resultaba poco atractiva para El Cairo, consciente de que los primeros objetivos de las represalias iraníes serían las monarquías del Golfo, lo que obligaría a su ejército a prestar ayuda. Ahora bien, Egipto ya tiene tres prioridades

diplomático-militares que le impiden dispersarse. En orden creciente de importancia, se trata de las relaciones con Estados Unidos, el conflicto con Libia y las tensiones con Etiopía.

En El Cairo, no olvidan que Joseph Biden fue vicepresidente de una administración favorable a la renuncia forzada de Mubarak y que, en 2013, suspendió de manera temporal su ayuda financiera tras el golpe de Estado contra el presidente Morsi. En 2016, la prensa cairota celebró la elección de Trump y los círculos intelectuales difundieron ampliamente la hipótesis extraoficial de que las “primaveras árabes” habían sido una manipulación de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y del Partido Demócrata para instalar a los islamistas en el poder (7). Al Sisi se verá obligado, entonces, a negociar con una presidencia demócrata que podría resultar mucho más incómoda que el dúo formado por Trump y su yerno Jared Kushner. No obstante, contará con el apoyo del presidente francés Emmanuel Macron, quien, durante su visita a París en diciembre, le otorgó a escondidas la Gran Cruz de la Legión de Honor (8). Francia constituye para Egipto un proveedor de material militar particularmente conciliador, puesto que Macron se negó a imponer el respeto de los derechos humanos como condición necesaria para la alianza entre ambos países (9).

Ese material de guerra es muy bien recibido en la lucha del ejército contra los insurgentes islamistas en el Sinaí (10), pero también ante la perspectiva de un conflicto en el oeste. De hecho, Libia ha sido objeto de preocupación creciente para El Cairo desde los reveses del mariscal Khalifa Haftar tanto ante las tropas del Gobierno de Acuerdo Nacional (Government of National Accord, GNA) con base en Trípoli como ante las fuerzas turcas. Hasta 2019, el poder egipcio apostaba a una victoria de su aliado y le ofrecía apoyo logístico y diplomático. La incapacidad del mariscal para terminar con el GNA y la intervención de nuevos ac-

tores en el conflicto –Turquía junto a Trípoli, los Emiratos Árabes Unidos y Rusia en apoyo a Haftar– lo llevaron a implicarse aun más en el conflicto. Así, desde el año pasado, fue adoptando un tono cada vez más beligerante respecto de Trípoli, pero también del “ocupante invasor”, léase Turquía. El 20 de julio de 2020, el Parlamento autorizó el envío de “elementos del ejército egipcio a misiones de combate más allá de las fronteras del Estado egipcio para defender la seguridad nacional egipcia”, lo que daba vía libre a una intervención en Libia. La tensión bajó en octubre tras un alto el fuego de los beligerantes libios, pero la posición de El Cairo es clara: si se reinician los combates y el GNA intenta tomar la ciudad de Sirte, puerta de entrada a la rica zona petrolera, el ejército egipcio, con la fuerza de sus 450.000 hombres, marchará junto al mariscal Haftar.

Al Sisi busca apuntalar su legitimidad recuperando un prestigio profundamente dañado por diez años de tumultos y violencias.

Para muchos diplomáticos, la “madre de las prioridades” sigue siendo la amenaza existencial que representa el proyecto etíope de megarrepresa hidroeléctrica en el curso del Nilo (11). El Cairo teme que si el ritmo de

llenado este embalse, que tiene 145 metros de altura y una capacidad de 74.000 millones de metros cúbicos, es demasiado rápido pueda provocar la muerte de su agricultura (12). En efecto, Egipto, el “regalo del Nilo”, depende en un 98% de este río por sus necesidades hídricas. En 1929, y luego en 1959, dos acuerdos internacionales le dieron primacía sobre sus aguas en nombre de un derecho histórico hoy discutido por Etiopía, que pretende usar la Represa del Renacimiento para dar electricidad a todo el país. En la década del noventa, Mubarak amenazó con enviar la aviación militar si no se llegaba a un acuerdo antes de que comenzaran las obras. Veinte años más tarde, las negociaciones están estancadas: Etiopía quiere llenar la represa en siete años mientras Egipto exige que se haga en veintinueve y contar con derecho de supervisión sobre el funcionamiento de la infraestructura. Ahora bien, Addis Abeba comenzó las operaciones de llenado sin esperar a llegar a un acuerdo. Sin una opción militar factible –Francia y China, que participan de la construcción, se oponen con firmeza–, Egipto intenta en vano convencer a sus socios africanos de que lo ayuden a que Etiopía acepte sus condiciones. El país cuenta con solo dos aliados para esta batalla: Estados Unidos, que criticó a Addis Abeba por haber comenzado a llenar la represa, e Israel, cuya influencia en África Oriental va en aumento.

Los argumentos de El Cairo ante Tel Aviv consisten en presentarse como aliado indispensable respecto de la cuestión palestina. Su diplomacia apadrina las tentativas de conciliación entre Fatah y Hamas y sus servicios de seguridad aún tienen influencia en lo que sucede en la Franja de Gaza. Sin embargo, El Cairo ya no es el único interlocutor árabe de Israel. Con la normalización en curso, los Emiratos Árabes Unidos y las demás monarquías del Golfo, incluyendo Arabia Saudita, tratan directamente con Tel Aviv

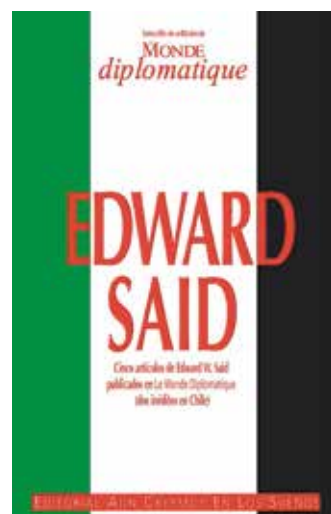
y ya no necesitan mediación (13). Está claro que la paz con Egipto sigue siendo esencial para Israel, pero su idilio con los países del Golfo, así como la normalización en curso con Sudán, y pronto, quizás, con los países del Sahel, relativizan su importancia. ■

1. “Égypte : Une répression croissante qui perdure”, Human Rights Watch, 13-1-21, hrw.org
2. Esam Al-Amin, “Égypte : dialectique entre révolution et contre-révolution”, Middle East Eye, 10-9-15, www.middleeasteye.net
3. “Réformer en période difficile”, *Doing Business* 2010, <https://francais.doingbusiness.org>
4. Véase Jamal Bukhari y Ariane Lavrilleux, “Voracité de l’armée égyptienne”, *Le Monde diplomatique*, París, julio de 2020.
5. Véase Pierre Bernin, “Fracaso saudita en Yemen”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, enero-febrero de 2021.
6. Véase Angélique Mounier-Kuhn, “Bajo bloqueo, la península de Qatar levanta vuelo”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, octubre de 2018.
7. “A Western plot to dish the Arabs”, *The Economist*, Londres, 12-11-13.
8. Mehdi Chebil, “Une légion d’honneur au maréchal Sissi en catimini... qui finit par faire du bruit”, *France 24*, 15-12-20.
9. AFP, 7-12-20.
10. Allison McManus, “The Egyptian military’s terrorism containment campaign in North Sinai”, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, DC, 30-6-20.
11. Véase Habib Ayeb, “¿Quién se quedará con las aguas del Nilo?”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, agosto de 2013.
12. “Means our death: Egyptian farmers fear effect of Ethiopia dam”, Al-Jazeera, 20-8-20, www.aljazeera.com
13. Véase Sarra Grira, “Émirats-Israël. Mohamed Ben Zayed creuse son sillon au Proche-Orient”, *Orient XXI*, 18-8-20, <https://orientxxi.info>

*Jefe de redacción adjunto de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Georgina Fraser

Libros impresos (\$3.950) y digitales (\$2.950)



En venta en librerías y en Le Monde Diplomatique, San Antonio 434 Santiago. Teléfono: 22 608 35 24
Por internet en: www.editorialauncreemos.cl